

La transmisión de la Antropología Crítica y la Praxis revolucionaria  
A la memoria de Edgardo Garbulsky

He recibido con mucha emoción la invitación a escribir unas palabras presentando esta antología, participando de este proyecto editorial y político junto al hermano amawta y colega Álvaro Zarate “Willka”, ha sido una experiencia de aprendizaje y construcción colectiva que se une a otros proyectos que estamos realizando desde la base que constituye el sentido de la comunidad, en ese fraterno proceso de construcción del *Gran Ayllu Universal*.

Desde una perspectiva que recoge el desarrollo disciplinar en nuestra América no resulta muy difícil establecer relaciones entre la antropología crítica y la teoría revolucionaria del hermano Álvaro García Linera quien, desde su praxis intelectual y política, nos ha dejado un invaluable aprendizaje teórico que se refleja en las páginas de este libro, escrito desde la posición del intelectual revolucionario, orientado por una voluntad transformadora y con la vocación de aportar con su reflexión a un proceso colectivo emancipatorio.

La antropología crítica recoge un pensamiento y una praxis con sentido histórico que ya estaba presente en los primeros intelectuales revolucionarios de nuestra América y que alcanza su primera síntesis teórica con Mariátegui, quien inaugura el camino de la filosofía de la praxis en relación al compromiso de los intelectuales con nuestros pueblos. Camino de realización que han sabido continuar esos intelectuales “honestos y brillantes que tanto abundan en nuestra América”, que invocaba Ernesto Guevara<sup>1</sup>, cuya intuición revolucionaria lo hizo llevar la lucha práctica precisamente a Bolivia, donde hoy encontramos el mayor desarrollo de la participación política de los pueblos originarios y de las ideas emancipatorias que recuperan el lugar de lo comunitario y el conocimiento ancestral, sin perder de vista la transformación del Estado. Nos encontramos entonces con los avances y desafíos de una construcción política revolucionaria que se ha opuesto al proyecto racionalista eurocéntrico cuyas consecuencias etnocidas fueron tempranamente denunciadas por los antropólogos.

El origen del pensamiento antropológico, como plantea Levi-Strauss<sup>2</sup>, se puede encontrar en los primeros momentos del desarrollo capitalista y la invasión de América, cuando surgen voces disidentes que plantean, por ejemplo, desde la religión, una forma de humanidad extendida, que parte reconociendo que los indígenas también tienen alma. Para el teórico estructuralista no pasarán inadvertidas las crónicas que documentaron la existencia de una reflexión antropológica indígena, presente ya en los primeros momentos de la invasión europea, y que aún no ha sido plenamente reconocida en los espacios académicos. Hoy vemos el surgimiento de una teoría revolucionaria que permite proponer la recuperación universal de lo comunitario y la valoración de los pueblos originarios, como sujetos fundamentales de dicho proceso.

---

<sup>1</sup> Guevara, E. *Discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas*. 12 de Diciembre de 1964

<sup>2</sup> Levi Strauss, C. “*La tres fuentes de la reflexión etnológica*” En Llovera, J. (ed.) *La Antropología como Ciencia*. Anagrama, Barcelona, 1988.

En el seno del capitalismo europeo surgirá un discurso de Derechos Humanos, con la revolución francesa, al que posteriormente los movimientos obreros y las revoluciones socialistas lograran expandir en tanto ideal emancipatorio, radicado en la clase trabajadora, trazando el camino para la construcción del comunismo. Pero es en Latinoamérica, con Mariátegui, donde comienza a reconocimiento del aporte revolucionario del pensamiento indígena en este proceso. La propuesta teórica y la praxis política de Álvaro García Linera, permite el actual reencuentro virtuoso entre el indianismo y el marxismo, luego de la primera síntesis que encontramos en Mariátegui.

La antropología como disciplina se comienza a desarrollar en un momento en que ciencia aparecerá como una forma de producción de conocimiento transformador y de esperanza en el futuro de la humanidad. Pero se trata de una disciplina que surge en los enclaves coloniales, desde el centro mirando a la periferia. Esto es algo que muchas veces obviamos, invisibilizando nuestra condición histórica, lo que constriñe el desarrollo del pensamiento antropológico crítico. Como planteara Cardoso tenemos que asumirnos como sujetos situados en Latinoamérica, desde una posición epistémica particular que configura una relación diferente con el otro, como parte de un nosotros.

El desarrollo de la perspectiva descolonizadora de la disciplina fue afectada por las dictaduras militares promovidas por el imperio y la penetración del neoliberalismo, lo que implicó para la antropología crítica una suerte de discontinuidad forzada. Por décadas, muchos maestros y estudiantes sufrieron directamente la represión y el exilio al tiempo que se iba instalando una institucionalidad penetrada por modelos tecnócratas o academicistas, que lentamente fueron subordinando y aislando el quehacer de los antropólogos que más que comunidades de conocimiento abiertas a los movimientos sociales, fueron creando círculos cada vez más cerrados de desconocimiento de la relación de la disciplina con la praxis.

Desde la golpeada antropología chilena, muchas veces me he preguntado cómo se produjo en nosotros la transmisión del lugar del antropólogo crítico latinoamericano cuyo eco seguimos escuchando, pese a la hegemonía neoliberal. Pienso en esa transmisión, como lo entiende el Psicoanálisis, dentro de un proceso que va más allá de las certificaciones institucionales y de los aprendizajes de contenidos y habilidades, pues finalmente permite que un nuevo sujeto asuma una posición, un lugar en relación al saber académico, pero también en relación a los movimientos sociales y la diversidad epistémica que evocan. Por otro lado en la formación académica también existe un sentido comunitario, hay en la experiencia universitaria mucho más que un mero quehacer institucional formal, aunque ese carácter comunitario esté hoy subsumido por un modelo hegemónico global de trabajo académico. En nuestro caso fue en los espacios comunitarios, en los intersticios de la academia y en la relación con las comunidades locales, donde la transmisión se produjo a través de encuentros personales, íntimos, con algunos maestros con quienes compartíamos posiciones y deseos contrahegemónicos.

En el Cono Sur, las dictaduras marcaron fuertemente el desarrollo de una forma de hacer antropología y ser antropólogo que durante esos períodos oscuros se dio en los márgenes institucionales, en una virtual clandestinidad y en condiciones de precarización. Pero igualmente existieron vínculos entre los antropólogos críticos latinoamericanos y la

configuración de una diáspora virtuosa que permitió que siguiera desarrollándose una antropología comprometida con los movimientos sociales dando continuidad a un proyecto disciplinar emancipatorio, aún en contextos de marginalización del pensamiento crítico. Logramos sobrevivir a procesos de desintegración, con represión a docentes y estudiantes, precarización de los espacios laborales, etc. Permitiendo la continuidad de sujetos que desde la antropología, asumen y elaboran propuestas contrahegemónicas al neoliberalismo en Latinoamérica, en un proceso que ha pasado por varias generaciones de profesionales. La continuidad de la Antropología Crítica Latinoamericana, aunque no constituya una perspectiva mayoritaria en los espacios académicos hegemónicos, tiene el mérito de haber resistido a un proceso de alienación, gracias al aporte de grandes maestros como Edgardo Garlbusky.

Edgardo había formado parte de las primeras generaciones de estudiantes de antropología argentinos. Este grupo marca un primer hito con el 1er Congreso de Estudiantes de Antropología en Rosario, en 1961 (muchas veces se les nombra como la generación del 61), donde comienza la crítica a las perspectivas colonizadas y hasta racistas vigentes en ese entonces en algunos espacios académicos. Sus exponentes (Como Menendez, Aznar, Herran, Ratier), constituyen una fuerte renovación teórica para la disciplina y el establecimiento un campo de estudio más pertinente con la realidad latinoamericana. Con la dictadura de Onganía comienzan el éxodo a otros países y Edgardo llega a Chile, participando en el equipo de la primera carrera de Antropología de mi país, en la Universidad de Concepción. Con el golpe militar él y otros colegas son tomados presos, vejados y luego expulsados a la Argentina. El maestro retoma su trabajo académico en la Universidad Nacional de Rosario pero será luego exonerado el 1976, manteniendo un activo trabajo de resistencia política e intelectual, fue dirigente de las asociaciones de graduados y en los movimientos antidictadura. Con la recuperación democrática en Argentina retoma su trabajo académico, manteniendo siempre su militancia y un gran activismo en organizaciones antropológicas.

La generación de los antropólogos de los sesenta era a su vez tributaria de un pensamiento antropológico crítico que venía de otros grandes maestros. Fue importante influencia teórica de autores como Mariátegui, en el pensamiento político, Gordon Childe en la arqueología, además de los pensadores críticos del colonialismo y los dirigentes de los procesos de liberación nacional que se extienden durante la década del sesenta. Pero lo fundamental fue la participación en comunidades antropológicas donde pudieron compartir con maestros comprometidos con la causa indígena y la liberación de los pueblos, como Lispchutz. Hay una mención de Edgardo Garbulsky a cómo fue significativo para ellos, entonces jóvenes profesionales, la crítica de Arguedas al concepto tradicional de antropología que defendían algunos colegas del primer mundo, en el Congreso ICA de 1966, en Mar del Plata. Algo similar ocurrió con la defensa planteada por Murra sobre la importancia de la historia de los pueblos en la formación de antropólogos en una reunión sobre formación antropológica realizada en Austria en 1967 y que habría inspirado a Roberto Cardoso para su propuesta de “antropologías periféricas”.

La derrota del proyecto académico de Antropología Crítica, que se constituye en los años sesenta, no impidió que maestros como Garbulsky continuaran en el ejercicio de la memoria como mecanismo de transmisión. Tal como escribía evaluar su experiencia en la

Universidad Concepción en Chile, abortada en forma sangrienta por la dictadura de Pinochet:

*“Contar lo que nos pasó, me generó un conjunto de dificultades; es doloroso decir que fuimos parte de un proyecto institucional y científico frustrado, que fuimos parte de una generación derrotada; pero al mismo tiempo no nos consideramos vencidos. Continuamos en el recuerdo y la acción de muchos de los muchachos y muchachas que nos tuvieron como docentes y compañeros.”<sup>3</sup>*

El contexto en que el ejercicio de transmisión de la propuesta de Antropología Crítica, durante los noventa e inicio del nuevo milenio estuvo marcado por la consolidación de nuevo orden mundial post guerra fría que, de acuerdo a al intelectual cubano Martínez Heredia<sup>4</sup>, estuvo marcado por el silenciamiento del marxismo en aquel momento. Esto permitió junto a la penetración de modelos intelectuales y académicos neoliberales, una creciente influencia de referentes teóricos posmodernos en la formación académica de antropólogos, más cercanos a las propuestas un quehacer antropológico contemplativo que ya habían sido cuestionadas por los antropológicos críticos los años sesenta que proponía que conocimiento más relevante era precisamente el que provenía desde una praxis y una ética del compromiso con los sujetos sociales<sup>5</sup>.

La resistencia de la Antropología Crítica sin duda tiene relación con la resistencia de las causas de los pueblos en un contexto de hegemonía neoliberal y sus búsquedas teóricas se enlazan con la praxis, reflejando una gran diversidad de propuesta en los últimos años. Sin embargo hay elementos comunes, tales como la relación con los movimientos sociales y el compromiso por la autonomía de los pueblos originarios y la defensa de sus comunidades, reconociendo el liderazgo de los propios intelectuales indígenas. Esto ha llevado a la interpelación a los Estado Nacionales y continuar la lucha por la descolonización de nuestra América. En la mayoría de los casos los antropólogos críticos han adoptado los nuevos desarrollos del sistema de Derechos Humanos en el contexto de la globalización, como espacio de acción emancipatoria.

Existe hoy, para la antropología crítica una multiplicidad de líneas de trabajo emergentes que incorporan una visión de compromiso con los sujetos de estudios y el deseo de transformación de la realidad social. En ellas encontramos una clara diferenciación respecto de propuestas disciplinares meramente contemplativas o funcionales al neoliberalismo. Nuevas epistemologías y enfoques metodológicos contribuyen a un reconocimiento del otro también en la producción de conocimiento desde los sujetos sobre sí mismos y sus colectividades. Desde desarrollos teóricos inter y transdisciplinarios hay aproximaciones a nuevas perspectivas que permiten enlazar el trabajo etnográfico con el análisis crítico del

---

<sup>3</sup> Garbulsky, E. *“La Antropología en la Universidad de Concepción (1967-1973). Apuntes de un participante”* Actas del Tercer Congreso Chileno de Antropología. Disponible en: [www.aacademica.com/iii.congreso.chileno.de.antropologia/25.pdf](http://www.aacademica.com/iii.congreso.chileno.de.antropologia/25.pdf)

<sup>4</sup> Martínez Heredia, F. *El horno de los noventa*. Ed. Ciencias Sociales. La Habana, 2005.

<sup>5</sup> Un texto de Edgardo Garbulsky publicado en la revista Rehue en 1972, contiene una cita que refleja bien el sentido de propuesta disciplinar que los representaba: “El antropólogo debe asumir un compromiso como tal y como hombre y ese compromiso implica una alternativa: o su función es contener la estructura social o de contribuir a transformarla”.

Estado Capitalista y la Sociedad Global. La integración también se refleja en lo metodológico permitiendo incluir nuevas formas de análisis de las dimensiones subjetivas de categorías como poder y clase. Las estrategias de investigación-acción hoy sirven a procesos de emancipación que tienen connotaciones locales y globales, como ocurre en los conflictos de impacto ambiental. Existen estudios que analizan críticamente los dispositivos de control global implícitos en las agencias de cooperación o en los marcos regulatorios del nuevo orden mundial y sus efectos en las comunidades locales y estados nacionales.

Sin embargo, encontramos una baja presencia de antropólogos militantes, pese a la diversidad de movimientos sociales y organizaciones de izquierda que han encontrado espacios más promisorios en los países donde las causas de los pueblos han avanzado más en la lucha política. Este desencuentro tiene una vía de superación en el ámbito de la reflexión teórica, gracias a la cercanía de la praxis política que se desarrolla en el Estado Plurinacional de Bolivia con los problemas fundamentales de la Antropología Crítica Latinoamericana. Este libro que hoy editamos en México, constituye un paso en ese proceso de diálogo entre el pensamiento antropológico y la teoría revolucionaria que ha sido históricamente un fundamento de la Antropología Crítica Latinoamericana.

Rodrigo Sepúlveda Prado  
Presidente del Colegio de Antropólogos de Chile